

Conversaciones con Juan Carlos Portantiero

“A mí me es muy difícil pensar a la sociedad sin el estímulo de la política.”

Juan Carlos Portantiero

Por Marcelo Langieri

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Esta entrevista a Juan Carlos Portantiero es inédita y fue realizada el 21 de octubre de 2004 en el marco de las VI Jornadas de Sociología de la UBA, Segundo Congreso Nacional de Sociología y Pre ALAS 2005. Se trata de una conversación entre Lucas Rubinich, entonces director de la Carrera de Sociología, y el Negro Portantiero, como gustaba que lo llamaran. Sería ocioso presentarlo, en todo caso sólo tiene sentido subrayar su condición de referente histórico de la sociología argentina, ex decano de la Facultad de Ciencias Sociales y profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires. Cuenta Oscar Terán en el libro homenaje realizado a propósito de su muerte, que compiló Claudia Hilb, que estando en México, cuando se planteaba el retorno al país, él le preguntó al Negro *“por qué tentar ese regreso sin gloria dejando todo lo bueno que en México se había construido”*, y que éste le respondió: *“Porque soy de allá”*. Ya en su tierra entonces y cuando habían transcurrido nuevas experiencias que recogían el prestigio mexicano, la destacada participación en la transición democrática, que lo tuvo como protagonista, así como su experiencia en la Facultad de Ciencias Sociales que lo tuvo como uno de los orientadores principales, se realiza esta conversación que fue pública y formó parte de las actividades de las Jornadas de Sociología. Vale comenzar recordando su saludo a la realización de las VI Jornadas de Sociología donde destaca la vitalidad de la Carrera y la importancia de la actividad que reunió sociólogos y científicos sociales de todo el país. La entrevista/conversación giró en torno a su trayectoria desde los primeros años en la universidad bajo el clima cultural del peronismo que, señalaba, no era particularmente grato para la cultura marxista del Partido Comunista con la que se identificaba entonces. Sobre la época de su ingreso a la carrera de Sociología recordará la presencia en las maneras de acercamiento a lo social de dos tradiciones muy marcadas. Una iba a llamarse ensayística, con cierto desdén peyorativo que no compartía, donde están desde el Facundo a una serie muy importante de obras e integrantes. Que a esta tendencia se le iba a oponer, con la fundación de la carrera de Sociología, *“un espíritu que anhelaba la cientificidad y que tuvo como mayor exponente a Gino Germani”*. Éste iba a proponer un discurso basado en la incorporación de técnicas, métodos y teorías que se habían transformado en la comunidad rectora de la sociología en el mundo.

La entrevista transcurrió con gran fluidez en la mítica aula 100 de Marcelo T. de Alvear, que en este caso funcionó como el living de la Facultad. Allí recordó con afecto que una de sus relaciones académicas fundamentales fue la de Miguel Murmis, quien desde el Instituto Di Tella lo había invitado a trabajar en una investigación sobre el peronismo que se transformaría en uno de los clásicos más importantes de la literatura sociológica. Cuenta que la pregunta sobre el peronismo era la gran pregunta de la Argentina, y que de alguna manera todavía lo seguía siendo. Asimismo reconoce como uno de los méritos de Germani era haber intentado, desde su perspectiva, plantearse aquella pregunta. En el reconocimiento a sus maestros destaca a dos figuras: a José Luis Romero, *“quien fue un profesor extraordinario que era capaz de juntar los saberes historiográficos con los saberes sociales, culturales.”* y por otro lado a Héctor Agosti, el cuadro intelectual más importante del PC y su responsable político, que fue la figura que lo impactó desde su adolescencia. De la mano de Agosti confiesa que descubrió a Gramsci frente a la mirada dogmática y reduccionista del marxismo staliniano. La otra relación que lo marcó en la época fue la de Pancho Aricó y el grupo de Córdoba con quienes sacarían en los años sesenta la revista *“Pasado y Presente”*. Dice que para la generación del 60 la preocupación central pasaba por *“entender qué era lo que sucedía con este país”*. Señala que el mundo

de los '60 es el mundo de la revolución y las rebeliones: Cuba, el Concilio Vaticano II, los procesos anticoloniales, Vietnam, la rebelión universitaria de los jóvenes de los países centrales. Y que esto es lo que lleva a la crisis del paradigma germaniano. *“Entonces pensar en un consenso social era imposible, era vivir fuera del calendario”*. Continúa señalando que el pase de los años 60 a los 70 *“es el paso de una discusión ideológico-política a una discusión político-militar.”* Que había un clima *“donde la violencia aparecía como el arma política número uno, porque acá había una dictadura y porque el mundo jugaba alrededor de esa suerte de ofensiva de la violencia de las clases populares”*. Es evidente que le preocupa encontrar un punto de equilibrio en el análisis *“yo leí en un artículo del 72, o del 73, o del 74 que todos éramos montoneros sin saberlo”*, que el país estaba colocado de una manera tan dicotómica en su enfrentamiento, *“que era muy difícil librarse aunque sea por la pasividad de estar emblocado en alguna de las actitudes; todos formamos parte de la política armada aunque no tuviéramos armas en la mano.”*

La conversación retoma las cuestiones académicas para señalar que si bien la teoría política es anterior a la sociología la ciencia política, a la que reconoce como su vocación, es posterior a la sociología. Aunque la ciencia política es sobre todo una creación académica norteamericana como *“carreras de gobierno”*, aclara que no diría que en la Argentina hay una carrera de gobierno. Que hay un intento de ampliar bastante más las perspectivas, y así *“como efectivamente se puede estudiar sociología para ser funcionario del gobierno, para hacer marketing, etc., para las ciencias políticas cabe lo mismo”*. En la conversación, como evocando a Weber, vuelve la relación entre la ciencia y la política, así dice: *“A mí me es muy difícil pensar a la sociedad sin el estímulo de la política.”* Y que es la política la que le plantea las preguntas más importantes.

La entrevista se cierra con una reflexión sobre la Facultad donde señala que a pesar de los problemas existentes, que son muchos, sigue habiendo muy buena disposición de los profesores para trabajar en condiciones que no son siempre las mejores y que hay un compromiso identitario con la universidad de Buenos Aires. Compromiso que corona con una frase que usamos de despedida y homenaje. *“Yo me siento un hombre de la UBA, lo seguiré siendo toda la vida”*.

Entrevista

Lucas Rubinich: En la conformación de la primera camada de sociólogos después de la fundación institucional de Germani, esa generación, bajo distintas formas, relacionó fuertemente su actividad académica con la vida política. Implicaciones que se realizaban sin abandonar la pertenencia al campo cultural. Tenías una participación importante en una publicación ligada al partido comunista que era la revista *“Cuadernos de cultura”*. La pregunta tiene que ver con las formas de relación de la sociología con esa vida política en los primeros momentos de la década del sesenta. ¿Cuáles fueron las instituciones, los grupos, los espacios de relación en lo que se fue dando la formación de intelectuales como los de tu generación?

Juan Carlos Portantiero: Bueno, muy bien. Antes quiero dar una palabra con respecto a este congreso. Yo digo, en tu persona- me imagino que formas parte de un equipo-, pero en tu persona, me parece que hay que felicitar este tipo de iniciativas, la convocatoria que ha tenido, el eco que ha suscitado, la cantidad de ponencias que se han presentado, la actividad intelectual que discurre alrededor de las aulas de la facultad, que dan signos de una vitalidad interesante para la sociología y también para ayudar a responder a la pregunta que ustedes se hacen en el congreso: ¿Para qué la sociología en el mundo actual? Bueno, no quería dejar pasar aunque sea un segundo para felicitarlos y decirles que de alguna manera quienes venimos desde atrás y ya estamos de salida cuando nos encontramos con estos acontecimientos nos viene cierto orgullo porque sabemos que formamos parte de una historia. La pregunta tuya es una pregunta amplísima que daría para que uno la tomara como punto de partida para toda una reflexión; creo que no siempre es bueno generalizar experiencias personales, yo voy a hablar más de la mía, porque no todas son las mismas. Yo salgo de una generación que genéricamente podría llamarse la del sesenta, es decir, que en los años sesenta cumplíamos veintitantos años; es la generación inmediatamente posterior a la caída del peronismo. Quiere decir que nosotros empezamos nuestra tarea intelectual en momentos en que se producía una

ruptura fuerte en la historia argentina. Ya el período del 45 al 55 había sido un momento de ruptura con respecto al anterior y lo que se venía era otra ruptura fuerte. La mayoría de nosotros habíamos pasado los primeros años de la universidad bajo el clima cultural del peronismo. El clima cultural del primer peronismo en la universidad no era particularmente grato. Era un clima sofocante. Sobre todo en las carreras de humanidades, generalmente inficionada de un integrista católico, falangista, donde la enseñanza de Santo Tomás de Aquino era cosa de todos los días, donde cualquier mirada, no digamos de ruptura sino simplemente moderna, era vista como una transgresión; además de toda una serie de dificultades que había, que a veces uno no recuerda, como por ejemplo que para entrar a la universidad había que tener un certificado de buena conducta expedido por la policía federal. Si uno no tenía ese certificado de buena conducta no podía ingresar a la universidad. Es decir, que veníamos de un clima enrarecido por lo cual lo que nos interesaba lo teníamos que buscar afuera. Y en ese sentido la política claramente comenzaba a mezclarse con la reflexión intelectual. Los caminos que cada uno eligió fueron diferentes, a mí me tocó ingresar a la juventud comunista. Yo ingresé a la juventud comunista a finales de la época de Perón en donde la represión era bastante fuerte. En general nosotros nos formamos en una cultura excéntrica, es decir, fuera del centro, en una cultura marginal que era en ese caso la cultura marxista, tal cual la entendía el partido comunista de esa época, porque el marxismo ha pasado por filtros diversos según distintas interpretaciones, y la manera en que la entendía el partido comunista en los años cincuenta- y hasta bastante más adelante- era la manera estalinista. Nosotros nos formamos en una cultura marxista, dogmática, rígida, estricta, sin muchos matices, alrededor del endiosamiento de la figura de Stalin y de la Unión Soviética, etc. De todas maneras, mi primera vocación por las humanidades no fue por la sociología, digo, cuando uno está en el pasaje de la adolescencia a la juventud y a la primera madurez, trata de ver cuáles son los caminos que se le abren y en general se le abren más de uno y si elige uno no es porque está seguro de que ha descartado los otros sino porque se le planteó alguna oportunidad para que así sucediera, de hecho yo primero ingresé a la carrera de Derecho, aunque eso formaba parte de una especie de mandato familiar- el nene tiene que ser abogado-. Duré poco, duré hasta derecho romano y me fui; me pasé a Filosofía y Letras, no existía la carrera de Sociología obviamente, existía la carrera de Historia, pero no entré a Historia sino que entré a Letras; y de hecho en mis primeros años yo me pensaba a mí mismo con un futuro como crítico literario, más aún, mi primer libro olvidable del año 61 o 62 es sobre crítica literaria, pero ya ese libro, que se llama "Realismo y realidad en la narrativa Argentina" era un libro que estaba en dos continentes, porque era en realidad una lectura de sociología de la cultura, quería ser seguramente era un fiasco-, pero quería ser una lectura sociológica de la literatura Argentina. Bueno, entré a Letras y también me fui de Letras, porque había que estudiar arduamente latín, griego y todas esas cosas. A partir de ahí dejé la universidad. Estamos hablando de una época en la que tenía veintitrés o veinticuatro años. Dejé la universidad. Y en realidad mi actividad fue puramente política y el tipo de las lecturas de formación seguían siendo las mismas, las que tenían que ver con Marx, Engels, etc. Hasta que en 1957 se crea la carrera de Sociología y yo ya había madurado un poco, en mis deseos, no del todo, todavía no, y lo de la carrera de Sociología me interesó. Entonces me inscribí en la carrera de Sociología, ya grande, porque yo me recibí grande, pasados los treinta y un años, en el 66. Empecé a cursar la carrera de Sociología, pensando ahora que si en realidad hubiera habido en aquel momento la carrera de Ciencias Políticas hubiese seguido esa carrera, visto el camino que fue tomando luego mi vocación. Entre tanto seguía actuando en política dentro del partido comunista, ya más grande. No en el partido de la juventud, sino en el partido y en lo que se llamaba entonces su frente cultural, de ahí mi colaboración con la revista "Cuaderno de cultura" que era una revista del partido. En la época de mi ingreso en la carrera de Sociología, en las ciencias sociales en la Argentina o en la discusión sobre la sociedad en la Argentina, para hablar más específicamente, había ya como dos tradiciones. Una era la tradición que iba a llamarse ensayística, con cierto desdén peyorativo, que yo no comparto. Ahí tenemos desde Echeverría, desde lo que es la retrospectiva de Echeverría, pasando por el Facundo, por todos los publicistas de principio de siglo como Juan Agustín García, Agustín Alvarez, Carlos Octavio Bunge, Juan B. Justo, Ingenieros, en fin... la nómina es impresionante de ensayistas que más bien tienen una mirada científicista, "naturalizante", "positivizante". Algunos de ellos con inclinaciones marxistas, como Justo, trataron de dar una explicación "sociológica" de la Argentina; algunos, incluso teniendo cátedra de sociología

como Bunge, Quesada y algunos otros, en donde ciertas influencias académicas de la sociología europea resonaban acá, sobre todo Durkheim. Luego a partir de la crisis del positivismo de los años 20, una suerte de renacimiento, no solo acá, sino en el mundo entero, de una mirada que se llamó espiritualista o intuicionista, aparece otra variante del ensayo histórico-social que va a tener su clímax en la década del 30 y aparecen los nombres de Martínez Estrada, de Mallea, entre otros. Todo eso conformaba una tradición ensayística fuerte de reflexión sobre la Argentina. Ahí ya se iba a empezar a oponer de manera drástica con la fundación de la carrera de Sociología el espíritu, llamémosle científico o protocientífico, que anhelaba la científicidad, que tuvo como mayor exponente acá a Gino Germani. Gino Germani es, como ustedes saben, el fundador de la carrera de Sociología, el revitalizador del Instituto de Sociología, que venía más bien de una tradición que tenía que ver con la historia anterior; el director del Instituto de Sociología anterior a Germani era Ricardo Levene, había sido el fundador, era un historiador Colonial y un jurista. Germani es el que le va a dar un nuevo tono a la sociología entendiéndola casi como combate contra el momento anterior, en donde a todas esas categorías intuicionistas, a todas esas categorías que más bien venían de cierta empatía del autor con la realidad, el iba a proponer un discurso basado en el rigor metodológico y en la incorporación de técnicas, métodos y teorías que sobre todo venían desde aquella comunidad académica, que a partir de mitad de los años 30 se habían transformado en la comunidad rectora de la sociología en el mundo, que eran los EE.UU. con una figura central: Talcott Parsons. A mitad de la década del 30, Parsons publica un libro, de enorme influencia posterior, "La estructura de la acción social", que va a construir el corpus teórico de la sociología durante treinta años. No sólo eso, sino que va a agregar muchos libros, sobre todo en su segundo momento cuando pasa del accionalismo al sistema, alrededor de los años 50, cuando publica "El sistema social". Con este libro arma un corpus sociológico por el cual la reflexión teórica estaba de alguna manera agotada en Parsons y sus comentaristas y la sociología era el trabajo empírico que ya tenía resuelto el problema de la teoría. A esto se lo llamó "estructural funcionalismo". Yo recuerdo un trabajo que circulaba en fichas acá, no me acuerdo cual era, pero era de uno de los autores más difundidos del funcionalismo de la época en norteamérica, que nosotros estudiábamos en las clases, donde decía que el funcionalismo no era un método o una teoría, sino que era la sociología. Digamos que era como consustancial al trabajo sociológico la teoría y el método estructural funcionalista. Esa en realidad fue la matriz sobre la cual la carrera de Sociología se constituyó. En ese sentido, siendo Germani un hombre brillante, un hombre al que hay que agradecerle contribuciones muy importantes por el conocimiento de la realidad nacional, desde su libro "Estructura Social de la Argentina" hasta las primeras reflexiones más o menos comprometidas sobre el tema del peronismo que el acomete en un trabajo que se llama "La integración de las masas y el fenómeno del totalitarismo". Siendo una figura muy importante, que sería un crimen negar en su trascendencia, hay que de alguna manera reprocharle-, en su momento, quizás para cortar más fuertemente lazos con la proto-sociología, sectarizó demasiado el acceso a la bibliografía, el acceso al conocimiento y otras maneras de ver el mismo problema. Entonces nos formamos en esa tradición. Yo no soy discípulo de Germani, sería falso que lo dijera, cursé alguna materia con él y alguna vez me ha tomado examen, pero yo no formaba parte del grupo más cercano a él, como sí lo formaba otra gente en la gran tarea organizativa que Germani hizo para crear la carrera. Por ejemplo, Miguel Murmis, con quien después yo colaboraría en libros, venía de la carrera de Filosofía; Eliseo Verón venía de Filosofía; Lito Marín venía de Ingeniería, Torcuato Di Tella, era ingeniero; Jorge Graciarena era contador público, Dr. en Ciencias Económicas. En fin, juntó una cantidad de gente desde distintas orientaciones y con ellas formó un primer equipo que puede remitirse a Germani como quien lo hace ingresar al cambio de la sociología. Junto a ellos comenzaron a ingresar los primeros alumnos de la carrera: Juan Carlos Torre, Silvia Sigal, que formarían la primera corte de graduados de la carrera. Yo decido no formar parte de ese equipo, entre otras cosas porque todavía tenía un pie en la política y otro pie en la universidad donde estaba totalmente integrado. Eso en realidad yo lo tengo que computar ahora como una suerte y no como una desgracia, porque si bien traté de aplicarme lo más posible en estudiar las cosas que se proponían desde la carrera donde finalmente me recibí, nunca deje de tener un interés por el trabajo de otros tipos de texto que no necesariamente eran aquellos que estaban dentro del canon de la universidad. Me parece que eso es muy importante. Cuando vienen todos los problemas de intervención de la universidad y todo lo que pasa en el 66, Miguel Murmis

llega a trabajar al Instituto Di Tella, al centro de investigaciones sociales, y me invita a trabajar con él en una investigación sobre el peronismo. Nosotros ya estábamos en condiciones de hacer algo que creo es uno de los datos quizá más interesante del libro nuestro sobre los orígenes del peronismo; en realidad no estaba pensado como libro sino más bien estaba pensado como dos papers, como los que ustedes entregan para estas reuniones, y que finalmente, luego de unos años, se juntaron en el libro. Así teníamos la pregunta sobre el peronismo, que era la gran pregunta de la Argentina, y de alguna manera todavía lo sigue siendo. ¿Cómo responder a esa pregunta del peronismo? Detrás nuestro teníamos una cantidad de respuestas que aparecían. Uno de los méritos de Germani, recién lo he dicho, era que él había intentado desde las ciencias sociales plantearse esa pregunta. El tema del peronismo es obsesivo para Germani, el peronismo como una manera particular de los procesos de modernización en una sociedad como la Argentina, como proceso de movilización de masas que no encuentra un nivel de institucionalización en las instituciones democrático-representativas y que por lo tanto se integra-esa movilización de masas-, a un sistema que el llama totalitario, pero que se diferencia nítidamente del fascismo precisamente por esa base de clases, porque es un fenómeno de integración de masas populares y no un fenómeno de respuesta histórica de la burguesía frente, como es el nazismo y el fascismo, a la irrupción precisamente de las masas populares. Germani se plantea la pregunta, pero la contesta sólo y exclusivamente dentro de los cánones de la sociología académica. Incorpora nociones del estructural funcionalismo y con ellas trabaja la posibilidad de responder esa pregunta. Lo que nosotros hacemos, me parece, es abrir el juego; entonces para nosotros son tan importantes las distintas interpretaciones sobre las cuales tenemos que dar cuenta acerca de los orígenes del peronismo. Las de Germani que son las de la ciencia, como las de Abelardo Ramos, Milciades Peña o quien fuera que opinase desde la política o desde la sociología no universitaria sobre el tema del peronismo. En ese sentido hacemos una lectura mixta en donde no le damos un estatuto privilegiado a una con respecto a la otra, sino que consideramos que las dos son formas diferentes de tratar de abordar una misma cuestión, y que las dos pueden darnos elementos positivos de crítica o de adhesión a las proposiciones que establecen. En ese sentido, como operación intelectual, más allá de como operación vital, porque como operación vital, a mí me expulsan del partido en el año 64 y a partir de ahí mi actividad política ya no es más una actividad partidaria, sigue siendo inspirada por la política pero no partidaria, pero al margen de mis conexiones vitales entre política e intelectualidad hay también una conexión intelectual entre la mirada política y la mirada académica para la construcción no de teoría pero si para la construcción de proposiciones que nos permitan comprender que es lo que sucede en una sociedad. Y sabemos que si explicamos bien una cosa, podemos ser capaces de predecir, si hay alguna posibilidad de recurrencia del fenómeno.

Lucas Rubinich: Es interesante la relación con el mundo intelectual más amplio, entre el mundo político y el mundo académico. Y es en ese marco que hay una temprana incorporación tuya de Gramsci, estando vos dentro del partido comunista. Porque aún dentro de las características del partido aparecían algunas cosas que posibilitaron, para decirlo en un término clásico, una modernización del marxismo argentino.

Juan Carlos Portantiero: Así es. Yo cejé un poco la historia tomando como hilo conductor la facultad y la carrera, pero puedo cejarla para el otro lado, tomar como hilo conductor mi propia evolución en el interior del marxismo. Tendría que hacer honor a dos figuras que para mí fueron de enorme influencia y peso. Una, la figura que más me impactó no fue Germani, sino que fue José Luis Romero, quien fue un profesor extraordinario, alguien que era capaz de juntar los saberes historiográficos con los saberes sociales, culturales, y elaborar una materia como era Historia Social General, y clases magistrales, cada una de ellas era una experiencia intelectual irrepetible. Por otro lado, la figura que a mí me impactó desde mi adolescencia hasta que me echaron del Partido, fue Héctor Agosti, quien es muy poco conocido para el mundo actual, era un ensayista de los que hablábamos, que no tenía patente o credenciales universitarias. Era un miembro muy destacado del partido comunista, seguramente su primera figura intelectual, que vivía con cierta incomodidad dentro del partido porque efectivamente tenía una mirada un poco más amplia que la mayoría de los integrantes de su dirección política. Para él yo trabajé mucho. Él era el director de "Cuadernos de Cultura" precisamente, y antes había sido el director del diario del partido que se llamaba "Nuestra palabra."

Encuentro de trabajadores”. En “Cuadernos de Cultura” yo ya era mayor porque era secretario de redacción. Efectivamente la influencia de Agosti fue muy grande con respecto a mí. En alguna nota que escribí, en una ocasión luego de cumplirse un año de su muerte, dije que mi admiración llegaba hasta el plagio y efectivamente es así. En mis primeros escritos hay mucho plagio a Agosti. La cuestión es que cuando vos decís la influencia de Gramsci, Argentina es el primer país en el mundo, aparte de Italia, obviamente, donde se lo publica. Se publica aquí antes que en francés, que en ruso, que en inglés, que en cualquier idioma que se les ocurra. Esto es algo que se le debe a Agosti que es quien lo trae, y lo hace a través de una editorial cercana al partido comunista llamada Lautaro. Así que esta editorial comienza a publicar los libros de Gramsci, los cuales nunca existieron, como ustedes saben, son libros inventados por el comité central del partido político italiano, porque todo lo que Gramsci dejó fueron cuadernos, de los cuales se armaron los libros. En realidad lo que escribió Gramsci de verdad recién se sabe en el año 74, que es cuando se publican íntegramente los cuadernos. Esos libros, pagando los precios de la época, algunas paginitas las dejaban afuera porque no convenían publicarlas. De todas maneras, provocaron en Europa y en Argentina un impacto cultural enorme. Ese es el material histórico de la “Filosofía de Benedetto Croce”, “Los intelectuales y la organización de la cultura”, “Las notas sobre Maquiavelo”, en fin... fueron saliendo todos, algunos traducidos por Agosti, otros prologados por Agosti, todos incentivados por él. Bueno, la lectura de Gramsci y la cercanía de Agosti, a mí me sedujo enormemente. ¿Por qué? Porque precisamente frente a esa mirada dogmática, economista, reduccionista, etc., del marxismo staliniano, Gramsci venía a hablarnos de las superestructuras, de la historia, del movimiento social y planteaba una centralidad de la política y de la noción de hegemonía en la articulación de las sociedades que nos libraba de ese mecanicismo, de la base económica, de la estructura social, de la estructura ideológica, etc., de esa imagen topográfica de un edificio, en lugar de lo que Gramsci planteaba que era la imagen más circular de un bloque histórico, en donde estructura y súper estructura aparecen mezcladas, donde no hay formas sin contenidos ni contenidos sin formas. Entonces en ese sentido Gramsci fue una gran liberación intelectual. Además, así como me pico a mí, le pico a otros en el interior del mismo partido y sobre todo a otros coetáneos, y ahí es donde viene una relación que duró muchísimos años, que fue mi gran paralelo vital e intelectual, que es el conocimiento de Pancho Aricó y del grupo de Córdoba. Con los cuales sacaríamos en los años sesenta la revista “Pasado y Presente”, que ya desde el título es una revista gramsciana, porque “Pasado y Presente” es el título de un trabajo de Gramsci, y que efectivamente quería sistematizar un poco más esa mirada que Gramsci traía para los problemas socio-políticos en una publicación regular. El resultado fue que lo rajaron a patadas del PC, evidentemente. Duró muy poco la experiencia interna de Pasado y Presente en el interior del partido comunista. Bueno, la historia no fue exactamente así. A ellos los echaron luego, a mí me habían echado un poco antes. Pero en fin, todo formaba parte de un paquete bastante parecido. Entonces, ya tengo a Gramsci incorporado, lo conozco, ya forma parte de mi herencia intelectual, pero nunca aspire a ser gramsciólogo, sino más bien a ver que hacía con eso en mi propia capacidad de investigación y de conocimiento de la realidad, y efectivamente la posibilidad se da, cuando con Miguel (Murmis) acometemos la tarea de analizar los esquemas del peronismo. Ese era un proyecto que él tenía al cual yo me incorporo y ahí, dentro de la panoplia de textos que aparecían como necesarios para ser retomados, además de la sociología universitaria, de la ensayística nacional, Gramsci aparecía como un elemento muy importante, sin olvidar obviamente el piso de Marx que hay en todo eso, sobre todo en el análisis de las estructuras. De hecho, el libro, tiene un déficit que no estamos en condiciones de corregir en este momento y que ahora en todo caso estoy tratando de ver con un camino independiente, que es que es demasiado estructural. Hay poco lugar para orientaciones, actitudes, organización política, ¿no? Ahí hay como un vacío de política. Tenemos por un lado alianza de clases, cortes que yo creo que en ese sentido el trabajo está bastante bien hecho, porque permite establecer ciertas articulaciones que no son las habituales: burguesía versus proletariado, agrario versus industriales, sino que lo trata de una manera diferente, pero es estructural. También tenemos la otra mirada que es la de los sindicatos, que es más bien como actor social no como actor político. ¿Qué pasaba con el socialismo? ¿Qué pasaba con el radicalismo? Todo eso no está en el libro. De hecho, es una deuda que estoy tratando de cubrir ahora porque precisamente lo que estoy trabajando desde hace un par de años es sobre la historia de las izquierdas en la década del 30.

Lucas Rubinich: La relación con lo que vos llamas la herencia cultural también está conectada con el estilo de formación que se acopla con estas instancias del mundo de la política, el mundo de la cultura, y también con el mundo académico. Es interesante señalar el título de tu libro “Los usos de Gramsci” mientras decís que nunca quisiste ser un gramsciólogo, y lo decís vos que sos uno de los tipos que más conoce a Gramsci en la Argentina. La idea de la herencia cultural, como una herencia en donde se está pensando la nación, el peronismo; que se está pensando permanentemente con una idea de intervención, que si no es directa, es una intervención intelectual decidida hacia la vida pública que trasciende los mundos del contexto académico.

Juan Carlos Portantiero: La generación del 60, finales del 50. Porque la del 70 es diferente, porque se produce en medio de una guerra. Lo que se produce básicamente en el 60 es un intento desesperado de dar respuestas a la Argentina como enigma: ¿qué pasa con este país? Donde por un lado hay una gran movilización de tipo popular, hay un movimiento popular consolidado, sindicatos, hay tradiciones políticas, pero hay a la vez oscurantismo, fanatismo, intervenciones militares, incapacidad de resolver los problemas de la modernización económica, etc. Entonces todo esto lleva a que es muy difícil que alguien se plantee preguntas puramente abstractas sobre la Argentina, ¿no? Era una Argentina en proceso de cambio, algo estaba pasando, algo se estaba moviendo; no sabíamos bien qué, ni hacia donde iba a ir. Además, era una Argentina en un mundo que se estaba moviendo. El mundo de los 60 es el mundo de la revolución cubana para América Latina, es el mundo de Kruschev, de la relativa apertura de la Unión Soviética, el mundo de Kennedy, el mundo de Juan XXIII, el mundo del Concilio Vaticano II, el mundo de la rebelión de los pueblos coloniales de África y de Asia, de la ofensiva del Vietcong en Vietnam, el mundo de las rebeliones de los jóvenes de los países centrales, de Berkeley, Berlín, París, toda la rebelión universitaria, en fin, es un mundo realmente interesante. El mundo del 60 es un mundo realmente interesante porque es un mundo en movimiento, en cambio. El otro día leía una cosa de Oscar Terán sobre las ideas en la Argentina donde ponía esa época bajo la figura de John Lennon, El Che Guevara, Beckett, Marcuse, en fin, un mundo absolutamente en cambio. Entonces eso es lo que lleva a la crisis del paradigma germaniano, eso es lo que estalla en el momento de autoritarismo político e intervención en la universidad. Pensar en un consenso social era imposible, era vivir fuera del calendario. Era la crisis del marxismo también, agregado el conflicto chino-soviético; eran conflictos grosos que de repente rompían una estructura más o menos cristalizada. Curiosamente en lo intelectual, frente a tanta ebullición historicista, lo que se producía era un fenómeno al revés, era el momento en que triunfaba el estructuralismo. Todos venían con un discurso mucho más cuadrado respecto a esa realidad. Nosotros éramos viejos gramscianos que creíamos todavía en la historia.

Lucas Rubinich: Sin embargo, los viejos gramscianos que creían en la historia lo siguieron haciendo, y se pararon de alguna u otra manera frente a este tipo de movimientos porque también tenían al lado otras formas, en el mundo de la sociología específicamente, que tampoco se podía sostener una mirada fuertemente estructuralista, inclusive podía escaparse para muchos lados también. Ese periodo post 66 que paradójicamente era una dictadura, se produce un fuerte movimiento, ¿eras profesor adjunto?

Juan Carlos Portantiero: No, yo era ayudante.

Lucas Rubinich: Eras ayudante, bueno. Después de ahí se arma un verdadero clima de vitalidad cultural, independientemente de las evaluaciones particulares que tengamos de algunos de los grupos que intervenían en ese momento. Puede que existan situaciones un tanto magnificadas por nosotros, los que hoy construimos un pasado y un presente. A veces con alguna añoranza, cosa que no suele ser muy productiva. Pero, efectivamente, uno quiere reconocerse también en herencias que tuvieron aspectos importantes. Esa situación de debates entre cátedras nacionales y las cátedras marxistas, vista desde la mirada del presente aparece como un clima de gran vitalidad cultural, independientemente de las reivindicaciones más exacerbadas de uno u otro lado. A mí me parece importante que vos hagas una evaluación de ese período, que insisto, es un período paradójico porque tiene una intervención de la universidad, tiene un gobierno militar, y a la vez también todo ese clima que vos mencionas, el acercamiento

católicos- marxistas, muchos discursos novedosos, cruces de miradas teóricas y culturales diferentes... Debates significativos para entender la cultura intelectual Argentina, y sin lugar a duda para la cultura de la carrera de sociología, florecen en ese período. Me gustaría ver tu evaluación de ese debate con las cátedras nacionales.

Juan Carlos Portantiero: Bueno, en realidad cronológicamente las cosas son así: en el 66 se produce un cierre absoluto. Buena parte de los profesores se van, algunos deciden quedarse, pero duran poco tiempo. La facultad queda en manos del clericalismo más reaccionario. Yo en ese momento era ayudante, había ganado un concurso de ayudante y me quede, porque como ayudante no había la consigna de irse. Durante el 66, 67, 68, 69, la situación siguió siendo bastante parecida. Empezaban a verse algunas modificaciones porque con los cambios que se daban en la iglesia aparecían algunos personajes ligados a ella más abiertos a una mirada más progresista, entre ellos el cura Justino O' Farrell, que es el que toma la cátedra de sistemática que hasta ese momento tenía Murmis y Veron. O' Farrell era un tipo...- creo que murió, ¿no? Si, si, murió- tenía una mentalidad un poco más abierta. Yo llegué a ser ayudante de él y no tenía ningún problema, pero hacia el año 70 eso cambió bastante. Cuando cae Onganía, Levingston y viene Lanusse, las cosas se endurecen por el lado de que aparecen las guerrillas como la FAR, pero por otro lado se aflojan, y en la universidad hay un aflojamiento interno, que tiene que ver con que el propio gobierno militar bajo Lanusse se está desgastando. Y tiene también que ver con eso que decíamos que desde abajo estaba explotando también la situación interna de la universidad. Ahí se hace un concurso totalmente normal, sin prohibición ni censura, para adjunto de sistemática de introducción a la sociología. Estaba Pancho Suarez, Miguens y un chileno que no recuerdo el nombre. Era un jurado normal, de ninguna manera tendencioso. De ahí salimos designados Roberto Carri y yo, que veníamos además del mismo lado, porque los dos habíamos sido afiliados al partido comunista. Yo ahí tomo la cátedra de introducción a la sociología y la cátedra de sistemática. Y se arman, con Carri, otras paralelas.

Lucas Rubinich: ¿Cómo se conjugaba la politización con la cuestión académica?

Juan Carlos Portantiero: Nosotros creíamos que la apuesta por el peronismo estaba más bien en la radicalización de ciertas formas de autonomía obrera que habían tenido su impacto fuerte en Córdoba, SitracSitram y todas esas experiencias las cuales son ahora como prehistoria, pero que en aquellos momentos nos impactaba muchísimo; y para la universidad era algo parecido a lo que había sucedido en las universidades del mundo en ese momento; me acuerdo que incorporamos una cantidad de cosas que no sé si están bien, pero que de todas maneras en ese momento se hacían, como por ejemplo: los exámenes grupales, la auto calificación de los alumnos. Formas que a veces daban lugar a trampas muy poco proletarias; formaban así y todo, parte de una experiencia que tendía a la autonomía y la participación. Eso generó, efectivamente, un tema de debate fuerte e importante que nunca llegó a extremos, pero que le daban a la universidad una vivacidad enorme coincidente con un boom de la matrícula. Yo me acuerdo que las materias de introducción a la sociología eran para todas las carreras, creo, o para la mayoría de las carreras de la facultad de Filosofía y Letras. Yo tenía mil quinientos alumnos. Esto era imposible de manejar. En medio de eso estaban las luchas de las cátedras nacionales, comisiones que se repartían; alguna semana venía alguno de las cátedras nacionales, y otras semanas venían otros, era un tema en donde no perdimos para nada la intención de tener una formación académica, pero donde efectivamente la política cruzó eso enormemente.

Lucas Rubinich: Si uno piensa en eso, sin lugar a dudas ese es el momento donde se agudiza el proceso de radicalización en el que todos participan de alguna u otra manera. Digamos que la mayoría de aquellos sobre los que estamos hablando, todos participan. Y que efectivamente es un proceso que está dándose a nivel internacional, inclusive dentro de los sociólogos de los países centrales. El otro día revisaba un viejo texto que vos me habías alcanzado, compilado por Rosalía Cortés, en donde está la intervención de un sociólogo norteamericano en un congreso de la Asociación Americana de Sociología, que es una lisa y llana denuncia a las políticas de intervención en Vietnam... Hay entonces un proceso de radicalización fuerte a

nivel internacional y eso se expresa de diversas maneras, pero una muy significativa por estos lados, es la radicalización del peronismo y de alguna manera vos participás de ese proceso de radicalización del peronismo. Me van a decir: ¿Cómo le vas a preguntar a Portantiero eso hoy? Portantiero va a reinventar el pasado. Pero de todas maneras, como sabemos que contás con todas las herramientas para analizar objetivamente y, porque además estamos charlando francamente, es importante preguntarte no ya sobre el período de radicalización, digamos intelectual-política, de los primeros 60, del que habla todo el mundo, sino sobre el momento en que la radicalización se transformaba efectivamente en política, y yo diría, casi en política de masas. En el que una de las organizaciones político- militares podía llegar a recibir confluencias de distintas experiencias que la transforman en un actor político significativo. En fin, quería una reflexión tuya acerca de este momento de radicalización, pero además de realización política de esa radicalización.

Juan Carlos Portantiero: Bueno, ese es el pase de los 60 a los 70. Por eso yo digo que cuando uno hace el análisis de esos años hay que hacer una diferencia entre uno y otro. Es efectivamente el paso de una discusión ideológico-política a una discusión político-militar; pero también es el paso de una situación de discusión y organización a una tragedia. Bueno, no vamos a hacer acá la disección de cómo se constituye la historia en Argentina, pero hay dos componentes centrales: el componente más marxista profetizante que es el del PRT-ERP, y el componente peronista-marxista-cristiano que es el de montoneros FAR, descamisados y demás. Ese grupo que se constituye por ese lado. Había habido experiencias anteriores. De hecho en 1964, en Salta, yo tuve algo que ver, con la del comandante Segundo... Ahora veamos la experiencia del PRT, la de los montoneros, de la relación con el peronismo, etc. Eso aparecía como una apuesta política sugerente, porque era en un clima donde efectivamente la violencia aparecía como el arma política número uno, porque acá había una dictadura y porque el mundo jugaba alrededor de esa suerte de ofensiva de la violencia de las clases populares. La posibilidad de introducir en el interior de un vasto movimiento de masas, esa metodología y esa programática aparecía como un desafío realmente importante, porque quien conquistara ese territorio conquistaba la mayoría de las clases populares en la Argentina. Era seductor. Pero en realidad, junto a esa imagen de seducción que ello podía tener y que a uno lo hacía vacilar con respecto a si eso sería o no el camino correcto, estaban las precauciones que se tenían con respecto a si: primero, el camino de la guerrilla en un país como Argentina, mesocrático, es decir con una clase media tan extendida, con tantos amortiguadores y un poder importante en la opinión pública del pensamiento de derecha militarista, etc., podía ser un camino fructífero para la política; y en segundo lugar si el peronismo que no era un movimiento guerrillero de izquierda claramente, iba a poder ser pasivamente hegemonizado por esa estructura, que de alguna manera se infiltraba en su interior porque no respondía a su verdadera naturaleza. Esas dos precauciones hicieron que nosotros tuviéramos frente a ese fenómeno una actitud más bien expectante, apoyando ciertas cosas, de hecho se sacó un par de números en donde se hablaba bien de ciertas actitudes que sobre todo las organizaciones de masas y los montoneros tenían, como la juventud trabajadora peronista, apoyando ciertas cosas que tenían que ver con la posibilidad de radicalización de un ala del movimiento mayoritario de las clases populares. De ninguna manera aceptábamos la metodología militarista y guerrillera, de hecho ninguno de nosotros participó teniendo relaciones con ellos, con gente de la propia dirección de montoneros y siendo, alguno de ellos, gente que venía de nuestro propio pasado como el negro Roberto Quieto, que es alguien que venía también de la misma experiencia que habíamos tenido nosotros. Yo mencioné en un artículo, que en el 72, o del 73, o del 74, todos éramos montoneros sin saberlo, en el sentido de que el país estaba colocado de una manera tan dicotómica en su enfrentamiento, que ya lo llevaría a ese choque trágico, que era muy difícil librarse aunque sea por la pasividad de estar embocado en alguna de las actitudes; todos formamos parte de la política armada aunque no tuviéramos armas en la mano. Creo que en ese sentido, la diferencia de quien militaba y quien no, era importante. Para el caso de la universidad lo fue, cuando a partir del triunfo de Cámpora se intervino la universidad cambia todo el juego político interno y los montoneros toman el control de la facultad; yo soy aplazado, no echado, pero me sacan la cátedra. Había un problema de control ideológico de las cátedras fundamentales que no se delegaban. De todas maneras eso no duró mucho, en el año 74 a montoneros y no montoneros nos echaron a todos a patadas y después ya viene el exilio.

Lucas Rubinich: Una cuestión que tiene que ver más específicamente con lo universitario, porque vos escribiste un libro sobre los estudiantes y la política en América latina, que hemos leído bastante. Me parece importante también conocer tu opinión y ver las posibilidades de reflexión sobre la situación de las grandes universidades Argentinas (la cuestión de la masividad, los profesores con no mucha dedicación, etc.). Porque si se observan rápidamente las condiciones más objetivas del funcionamiento de la universidad, por lo menos de los espacios que nosotros tenemos más cerca las predicciones anunciarían resultados bastantes malos, sin embargo no es así. Quiero preguntarte sobre la influencia de las tradiciones de sensibilidad hacia lo público, en esta persistencia no solo de los estudiantes sino también de los profesores en apuestas, que son apuestas en contextos, a veces, no demasiados seductores.

Juan Carlos Portantiero: Es complicado. Bueno, sí, el haber estado ocho años en esta facultad me permite entender un poco la dinámica interna de la universidad mejor que la que entendía antes. Yo creo que efectivamente, si tomamos las ciencias sociales en general, acá sigue habiendo muy buena disposición de los profesores para trabajar en condiciones que no son siempre las mejores, ni de salario, ni de condiciones ambientales, que seguramente tiene que ver con que, bueno, todavía da prestigio ser-pongámonos en la parte más egoísta-, da prestigio ser profesor de la UBA. Pero además, porque hay como un compromiso que uno ha tomado con la universidad de Buenos Aires después de tantos avatares y que hace que siga teniendo una lealtad fuerte con respecto a ella. Yo me siento un hombre de la UBA, lo seguiré siendo toda la vida, he llegado a lo máximo que uno puede llegar en términos administrativos dentro de una facultad que es ser decano de la misma, me siento gratificado por mi pertenencia a la universidad y me siento gratificado además porque efectivamente yo creo que el producto final es muy superior a las condiciones en los cuales el producto se elabora. Nosotros tenemos un porcentaje de graduados, eso se ve cuando uno va afuera, cuando uno ve los becarios argentinos de ciencias sociales en distintas universidades del mundo, como se destacan, tenemos efectivamente un núcleo de graduados que dan un nivel excelente para la carrera sobre todo en las condiciones en que se ejerce la actividad académica entre nosotros. Lo que me preocupa en todo caso es cuanto se pierde en el camino. Eso tiene que ver con infinidad de factores sociales, culturales, pedagógicos, que no podemos analizar ahora. Es un hecho que creo que la gente viene con una formación media- inferior a la que había antes en la Argentina. El gran pozo negro de la educación en la Argentina hoy es el colegio secundario, es la escuela media, el polimodal o como se llame. Polimodal me parece un adefesio. La escuela media me parece que es el gran pozo medio y que de ahí no salen vocaciones sino que sale gente con formación que, si quiere seguir en la universidad, tiene que completarla en la universidad y por lo tanto la universidad le resulta más difícil de lo que debería resultarle, etc. Ahora estas cosas se pueden corregir con ciertos tipos de medios organizativos. Lo que a mí me preocupa a veces de la universidad, de esta y de todas las universidades, es que por temor a las reformas somos tremendamente conservadores, por creer de que o revolucionamos todo o todo queda como está, siempre todo queda como está, porque no revolucionamos todo. Me parece que lo preferible es ir avanzando sobre las reformas que puedan, en algún momento, por aquel pasaje famoso de la cantidad a la calidad, porque quizá pueda transformarse en una revolución, pero si no hay un movimiento anterior es muy difícil que eso suceda. Entonces estamos manteniendo currículas, tipo de organización, etc., como si fuéramos una universidad de cincuenta mil personas y tenemos millones, pero no hemos modificado absolutamente nada. Por ejemplo nosotros tenemos carreras extraordinariamente largas. Eso coloca al graduado argentino en una situación rara cuando tiene que ir al exterior porque lo que tiene es un poquito más que un graduado pero menos que un master, etc. Hay carreras que tienen treinta y pico de materias, que quiere decir que, una persona que es un buen estudiante yo creo que no puede dar más de seis materias por año, lo digo con sinceridad. Si da más de seis hay alguna que la ha metido de taquito. Si tiene que dar seis materias por año regularmente, como buen estudiante, va a tardar seis años en terminar una carrera de grado, lo cual es una barbaridad, no tiene ningún sentido en ninguna parte del mundo. Con lo cual tiene un título menor que es un título de licenciado para un tipo de estudio que es mayor para el título que se exige de licenciado y que hace que muchos en el camino se queden porque no lo logran. Se dice además, que cada vez, los estudios cuaternarios tienen que pesar más sobre la formación del profesional, sobre todo del que se dedique a la

investigación. Si se dedica a la tarea profesional quizá no lo necesite, pero el que se dedique a la investigación necesita una cosa cuaternaria. Qué pasa si uno coloca la obligatoriedad o casi del cuaternario, introduce el financiamiento en la universidad porque los posgrados efectivamente tendrían que ser pagos. Los posgrados tienen que ser pagos si las carreras duran seis años, pero si las carreras duran cuatro años es posible liberar personal docente para que pueda hacerse cargo del posgrado sin que el posgrado sea un costo para quien lo curse. Por cierto que el posgrado implica una selección.

Lucas Rubinich: Al principio dijiste: si hubiera existido la carrera de ciencias políticas quizá hubiera hecho ciencias políticas. Desde la sociología, y sobre todo en los últimos años, muchos de nosotros hemos hecho críticas a algunas de las formas de presentarse de la ciencia política, sobre todo, algunas formas que son francamente contradictorias con algunas de las cuestiones que tienen que ver con tradiciones a las que vos adherís, que básicamente suponen, entre otras cosas, cierta anulación de una mirada en que lo histórico tiene un peso fundamental y que se nombra despectivamente, en el coloquial de la chicana universitaria, como ingeniería política. Digamos que ciertas cosas de las ciencias políticas se parecen a la ingeniería política y el análisis necesario de cualquiera de las instituciones de la sociedad, el partido, el parlamento, lo que sea, muchas veces estuvo-y esta es una opinión que obviamente puedes no compartir-fuertemente sesgado por una mirada en que lo normativo parecía tener un peso fundamental. Claramente en la intervención en la vida pública de intelectuales está esa implicación con esos aspectos de normatividad que en algún momento me hacían acordar a algunas evaluaciones de Lipset que se podrían sintetizar en: acá hay autoritarios, acá no hay autoritarios, acá hay ciudadanos, acá no hay ciudadanos... y yo quería pedirte una reflexión sobre eso, porque ustedes también tuvieron una participación importante en este proceso de reflexión y producción de conocimiento sobre lo que se llama "la transición democrática".

Juan Carlos Portantiero: En realidad los departamentos de ciencia política... la teoría política es anterior a la sociología. La ciencia política es posterior a la sociología. ¿Por qué es posterior? Porque la ciencia política en realidad es sobre todo una creación académica norteamericana, y en muchos lugares, casi todos, nuestras carreras de ciencias políticas se llaman carreras de government, carreras de gobierno. Es decir que están pensadas efectivamente como vos decís en generar funcionarios, administradores, esto quiere decir gente que gerencie y que se haga cargo de la gestión del estado, de los gobiernos, etc. Ese es el espíritu que preside a la ciencia política contemporánea, fuertemente marcada con la impronta de la academia norteamericana. No necesariamente eso es así en las carreras de ciencias políticas de otros lados, por ejemplo en Argentina, yo no diría que acá hay una carrera de government. Es decir hay un intento de ampliar bastante más las perspectivas, y así como efectivamente vos puedes estudiar sociología para ser funcionario del gobierno, para hacer marketing, etc., puedes hacerlo para otras cosas. Entonces para las ciencias políticas cabe lo mismo, para ser funcionario, puntero de un diputado o ser crítico, investigador, etc. Yo cuando digo que hubiese seguido la carrera de ciencias políticas no es por esta idea de la ciencia política de government, sino más bien porque me parece que a mí me es muy difícil pensar a la sociedad sin el estímulo de la política. A mí no se me ocurre la idea de... bueno: haremos una investigación sobre porqué los hombres las prefieren rubias. Hay ciertas cosas del oficio del sociólogo que a mí no me interesan para nada, y en general, yo me doy cuenta, mirando retrospectivamente, que todas mis preguntas sobre la sociología son preguntas que tienen que ver con la política. Gramsci por otro lado decía que la sociología era un invento y que lo único que existía era la política, pero no es por eso que yo lo creo, porque no soy devoto de todas las cosas que Gramsci diga. Pero, de todas maneras, en mi caso es efectivamente cierto que es así, que la política es la que me plantea las preguntas, y de alguna manera la transacción que resolví es dedicarme a algo que se llama sociología política, que a veces asume la forma de sociología histórica cuando me remonto y me coloco en décadas anteriores, por ejemplo, cuando estoy trabajando como ahora sobre el peronismo.